REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 4 | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 2 DE OCTUBRE DE 1922 | No. 30

Nuestra psicología

A mis compatriotas y al tiempo

POR ANTONIO JOSE IREGUI

VEGETAMOS al borde de la inconsciencia, como nuestras plantas andinas al borde de los abismos. Aquí sí que es verdad que la vida, mísera conjunción de dos eternidades—espacio y tiempo,—flota sobre el ignoto. Pero a pesar de la ignorancia cerril que nos circunda, hay algo que podemos conocer y dirigir. No todo son breñas y miasmas. Cierto que la crítica negativa informa nuestros meandros intelectuales; que al rededor del más perentorio caso, tejemos una red inextricable de dificultades, arañas de pluma, en donde quedan enredados nuestros deseos de obrar, y muy satisfechos por haber puesto el dedo en la llaga. El hábito de inclinarnos al yugo de las menudas imposiciones creadas por la rutina o la violencia, da cada día una vuelta más de correa a los anhelos de mejora. Una ganancia bursátil, un nombramiento, una unidad en las cotizaciones truecan el pesimismo en optimismo.

Pero abrir profundos drenajes al pantano moral y arrancar máscaras convencionales, pugna contra la ática suficiencia del desdén pontificio, que ejerce el magisterio de lo bueno y de lo malo en la opinión hablada y escrita.

Cada vez que el crimen desgarra las carnes sociales, despertamos dando grandes alaridos, que bien pronto torna en gracejos el geniecillo travieso y guasón del chiste vernáculo. Pero ese crimen que ofusca las mentes con sus dantescas visiones de asesinatos feroces, por fanatismo, lujuria o codicia, ¿está fuera de la sabida profilaxia moral?

Dicho se está que los males sociales son ignorancia, miseria, egoísmo, ineptitud, servilidad, odio, envidia, codicia, abulia y ociosidad, decálogo del delito, que se reune en dos alcaloides torturantes: hambre y pasión.

Cúrase la ignorancia con la verdad en la escuela, en el templo, en la cátedra, en el libro y en el periódico. ¿Cuál verdad? ¿La sectaria que enjaeza a los unos para que monten los otros? Decid la verdad científica, que descifra la naturaleza. Decid la verdad amor al prójimo, que muestra en cada hombre un cooperador en el trabajo social. Dejad!, por Dios! esa madriguera de odios, que llamáis escuela y prensa religiosa, y hacedla almácigo de sentimientos solidarios. Llamad al hijo del pueblo a que reciba obligatoriamente la semilla creadora y la aptitud técnica.

Remediar la miseria es corolario de la enseñanza eficaz. Trabajar, trabajar, trabajar, he ahí la trinidad que da el pan de cada día, la esperanza y el contento. El trabajo pone en la mente la conformidad altiva, peldaño en la ascensión, y en el corazón su aroma, como la flor en la antena y el ala.

Si buscáis sostenes, haréis bien, brindando trabajo propio, en vez de sueldos, procurando aptitudes para la investigación y producción, honrando a los productores de las subsistencias. En verdad, los privilegios no podrían gozar en la abundancia, sin la labor paciente de éstos.

Dejad que las conciencias amen a Dios, como les sea posible. El Empíreo no se cae por falta de una ceremonia. En el catecismo no cabe el Gran Dios. La salvación a palos, a maldiciones y llamas, no es religión, ni moralidad, sino pura maldad, que sólo ha engendrado los sambartolomés, las dragonadas y los sacrificios, que han llenado de dolor y de oprobio la humanidad.

No graduéis de doctor la ineptitud diplomada por la autoridad de horca y cuchilla. Haced hombres de trabajo propio: los charlatanes se forman por sí mismos. Buenos cultivadores e industriales, sabios que puedan leer el libro inédito de la naturaleza. Sobre todo, poned en los corazones el respeto al compatriota y a sus bienes. Una gran efusión de conciudadanía y solidaridad nacional. Pensad en la inmensurable energía que se acumula para la Patria, si en vez de contraponer las guerras sociales y políticas, las sumáis y conectáis. ¿Anatematizaréis y perseguiréis a los que Dios galardona con la vida? Más tendréis con los más, si unidos, que con los menos, divididos.

No salvaguardéis la ignorancia, para conservar el rebaño. Hombres valen más que apriscos. Libertad al feligrés del odio, para que no os hiera por reacción, comuna, soviet o *sans-culotte*. La oración de humo y de pecado es blasfemia: la de piedad para todos es sagrada.

El que tiene en brazo y mente la aptitud productora, no codicia el bien ajeno. El que posee, respeta al que posee, porque necesita el ejemplo para fundar el respeto de lo propio. Que el deber sea una práctica que venga a ser general.

Con móviles solidarios del pensamiento y voluntad, que polaricen la acción hacia fines comunes, estad seguros que la conducta tornará esa resultante. ¿No se han cambiado así en la historia las barbaries en civilizaciones, helénica y latina, franca y sajona? Llevemos estas breves simientes al surco, para que nazcan y florezcan.

En resolución, ¿qué prueba esta progresión del crimen, esta analfabetía que nos bloquea con el hambre, este crescendo de la ineptitud elevada y de la inepcia abajo, donde toma sus guías la Democracia y la República?

Prueba que con tanta religión oficial hay muy poca privada y efectiva. Prueba que con tanto gobierno de autoridad, hay muy poco gobierno propio, que rija eficientemente la actividad nacional. Prueba que con tanta ley hay menos claridad en la legislación y menos justicia en las prácticas. Prueba que con tanta escuela de catecismo, no la hay para la libertad independiente, que es la única científica y eficiente.

¡Y pensar que la vida se muere en nuestros brazos! ¡Y ver que los retrasados pasan y avanzan por sobre nuestro sér tardigrado! ¡No temáis la verdad, amigos de la verdad infalible! Ella no es un dogma, porque es más, la sustancia y el espíritu mismo de la vida de las naciones. La verdad en las urnas nos hará libres. La verdad en la escuela nos hará buenos. La verdad en la circulación nos hará sanos. La verdad en la opinión nos hará respetables. La farsa y la mentira nos ahogan. Mentira es nuestra democracia, porque no es el pueblo el que go-

bierna, sino el cacique y el bando de cayado y de garrote. Mentira es esta república, porque la cosa pública no es de todos, sino feudo, monopolio perpetuo de una oligarquía que se enfurece a la simple idea de la rotación republicana de los partidos en el gobierno del país. Mentira es este gobierno, porque sólo gobierna para conservar perpetuamente el mando en la oligarquía usurpadora que ejerce. Mentira es la libre estipulación y el patrón de oro, porque lo cierto es que no circula en los cambios sino el papel moneda, bajo formas simuladas de moneda. Mentira es la instrucción pública, porque el 80% de los colombianos ignora hasta el leer y escribir su nombre. Mentira es la paz de las conciencias y la comunión nacional, porque la exclusión niega al disidente hasta los siete pies de tierra de la muerte, lo expulsa del servicio de la República, como paria, y lo ultima impunemente.

Según sabio psicólogo, el prestigio de toda creencia, tiene por fundamento cinco palabras-hechos: afirmar, repetir, sugerir, ejemplo y contagio. Así evoluciona lo consciente hacia lo subconsciente e inconsciente de la energía emotiva e instintiva, que supera a toda razón, si no solidariza su acción con el sentimiento y la pasión. Afirmemos, pues, repitamos, sugiramos, ejemplifiquemos la verdad hasta extender su contagio, hasta el entusiasmo y la fe, que la incruste en el corazón y el cerebro como sentimiento y deber.

Los diez mandamientos del progreso patrio son: dar el pan verdad en la escuela y en la universidad, para que no sean agencias de ineptitud aparcera o cavernas de la usurpación, nacionalizándolas, modernizándolas en métodos y maestros; abaratar la vida del colombiano, libertando al trabajo del monopolio y del impuesto abrumador, abriendo salida a los brazos y las mentes, fuera de las oficinas; dar justicia a todos, sin distinción de opiniones y creencias, porque todos somos iguales ante la ley y la república; llevar la verdad a las urnas, reconociendo sus fallos democráticos, cualesquiera que sean; depurar la circulacion económica, saneando el *morbus* del papel moneda, que está envenenando la sangre social va para cuarenta años; unir cuanto antes el corazón del país, su capital, con los dos mares, por medio de las dos arterias férreas de la vida nacional; abrir las puertas al crédito exterior, al capital, numérico y humano, sin más postigos que la seguridad y el honor; corregir el delito y el crimen, por el trabajo obligatorio y la escuela libertadora del vicio y del hambre; colonizar el territorio con el riel, el alambre y la escuela, la colonia penal, la inmigración criolla y extranjera.

Estos diez imperativos se resumen en dos: escuelas obligatorias y caminos férreos. La escuela, camino de luz; el ferrocarril, escuela de vida y de riqueza.

(*Cromos*, Bogotá),

(Envío de don F. F. Noriega).

La paradoja ultramontana

POR ANTONIO ZOZAYA

«Es tan imposible reconciliar a la Iglesia con los nuevos principios del Derecho público, como reconciliar a Cristo con Belial».

(Civiltà Cattolica.—Serie V. t. VII p. 390).

CON la Rusia revolucionaria, roja, bolchevique, demoledora, va a concertar un explícito acuerdo...' ¿la federal Suiza? ¿La avanzada Francia? ¿La República de Lincoln? ¿La indómita Polonia? No, sino la Roma papal. Así nos lo hace saber «L' Azione»; agregando que el Vaticano enviará una Misión especial cerca del Gobierno de los Soviets para socorrer a los campesinos hambrientos y tratar otros puntos de interés y urgencia.

La noticia habrá producido en las cancillerías europeas un efecto análogo al que produjo la nueva del Tratado ruso-alemán. Si Roma entra en relación con el Gobierno bolchevique, ¿no significa esto el reconocimiento de un régimen que pareció a todos contrario al orden social? ¿Cómo se compaginan los anatemas del «Syllabus» y de la Encíclica «Quanta cura» con esa benevolencia al régimen instaurado por Lenin y Trotsky, que supone ya el hecho de poder llegar con él a un acuerdo, siquiera sea circunstancial y momentáneo?

Por absurdo que ello parezca, hay derecho a suponer más: hay que esperar que, si Rusia y Alemania llegaran, lo cual dista mucho de ser imposible, a una alianza ofensiva y defensiva contra las naciones occidentales democráticas, la Roma cardenalicia no la negaría su simpatía y su moral apoyo; y aunque, llegada una nueva conflagración, los ultramontanos españoles, cuando las tropas germano-rusas entraran nuevamente en territorio francés, se declararían francamente rusófilos, como se declararon, en la anterior lucha, partidarios de la Alemania de Lutero. Desde que Voltaire firmó todas sus cartas con esta apostilla: «¡Aplastad a la infame», los ultramontanos contestaron al reto con este nuevo «Delenda est Cartago»: ¡Aplastad a la Libertad!» Y la Libertad es Francia, es Bélgica, es Suiza, es Inglaterra, son los Estados de la Unión. Todo pueblo que niegue la Libertad y los principios consagrados el 89, será bien quisto de los reaccionarios, sea protestante o budhista, imperialista o bolchevique, europeo o asiático. Por eso tengo el triste privilegio de ser el primero que anuncia que los reaccionarios españoles se pondrán en la guerra próxima de parte de la Rusia de los Soviets, si ella es aliada de Alemania.

Quien lea despacio las obras de Veuillot y de monseñor de Segur, los artículos de la «Civiltá» y la Encíclica de Pío IX, se convencerá de que lo que en todo ello se condena no es la transformación del derecho privado, sino la del derecho público. ¿Qué importa a los defensores del principio de autoridad que la propiedad sea individual o común, o que la tiranía sea ejercida por un emperador o un déspota salido del pueblo? Lo que importa es que ese principio de autoridad no sea negado, que no sea concedido al individuo el derecho de pensar por sí mismo, que no surja, frente a la soberanía autoritaria, otra inmanente, capaz de examinar los títulos de sus perpetuos opresores. Allá, cuando el pueblo español buscó prematuramente su emancipación económica con Padilla, Bravo y Maldonado, el obispo Acuña llegó a reunir cuatrocientos clérigos, que lucharon al lado de los comuneros en Medina y Torrelobatón; y ellos no fueron castigados por la Iglesia, sino por los monarcas, enemigos, no pocas veces, de Roma, y defensores, frente a ella, de sus regalías. En todos los tiempos, las extremas derechas romanas y españolas han transigido con los comunistas; con quien no han transigido jamás ha sido con los liberales; porque los comunistas, expropiadores de las riquezas condenadas ya por muchos Santos Padres, no entran a discutir los dogmas, y aun pueden, como los campesinos rusos, no tener otros cánticos que los religiosos traídos a Madrid no ha mucho por los célebres coros ukranianos; pero los liberales atacan al Poder romano en sus raíces al declarar, desde la Enciclopedia, que no hay otra soberanía que la que nace del común consenso, y que todo Poder, sea individual o colectivo, es des-

pótico, cuando niega a los individuos el derecho de pensar por sí mismos y de ser autónomos en su propia esfera individual.

Por eso, en la guerra europea, los ultramontanos se declararon resueltamente germanófilos, a sabiendas de que Alemania era protestante y Francia católica; pero Alemania era autoritaria y Francia liberal. Los nuevos fariseos ya no predican, como el Jesús a quien tanto invocan, la fraternidad entre los hombres, sino la sumisión que cubre de oro sus recamadas túnicas. Como los augures romanos, los déspotas de todas las sectas pueden sonreirse al pasar y concertar alianzas, porque se han repartido el dominio de los espíritus y de los cuerpos. Roma tendrá estas miras u otras altísimas; no hablamos de Roma; pero los reaccionarios de todos los países maldecirán a Rusia mientras sea la vieja aliada de la Francia republicana; la elogiarán y bendecirán cuando sea aliada de sus enemigos, y no consienta que en su territorio haya quien se permita pensar sin el beneplácito de los Soviets, ni hablar de libertad, palabra para los bolcheviques nefanda. Su enemigo no se llama Alejandro ni Trotsky, Rathenau ni Guillermo; es, categórica y rotundamente, la Democracia.

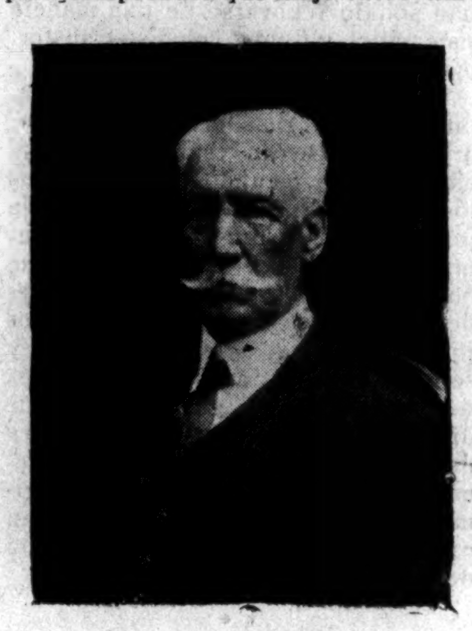
Preparémonos a ver acontecimientos inesperados y a llevar muy grandes sorpresas. La paradoja ultramontana no ha concluido. Los reaccionarios harán muy bien en no despotricar demasiado contra la Rusia bolchevique; así como recibieron la consigna de defender a la Alemania protestante contra la Bélgica católica, pudieran recibir algún día, si llegara a buscar Alemania el desquite, la orden, expresa o tácita, de defender a los rusos sumisos a la autoridad de sus gobernantes y enemigos de la Libertad, contra la pícara patria de Diderot y de los expulsadores de las Ordenes piadosas monásticas. Por eso, admirando en la revolución rusa lo que hay de hondo y sano en la evolución de los principios económicos, la miramos con desconfianza los que, antes que revolucionarios, somos liberales; y primero que la riqueza y aun que el bienestar económico, ansiamos el triunfo de los principios democráticos, que no serán muy gratos a los que gustan de la esclavitud cerebral, ni de quienes desean vengarse de las clases medias, verdaderamente intelectuales, para instaurar un despotismo nuevo de los iletrados; pero sin cuyas normas es imposible el progreso de las ideas y la total dignificación humana.

(*La Libertad*, Madrid).

El Lic. Alejandro Alvarado G.

Él perteneció a una generación de las que han edificado con ejemplo, virtud y voluntad el espíritu de esta patria. Lo hizo como ciudadano, dando siempre a su título un alto sentido activo; lo hizo como juez, haciendo de la justicia una religión de su vida; lo hizo como maestro, y quienes fuimos sus discípulos no olvidaremos nunca ni la paternal unción con que enseñaba ni la nobleza de sus lecciones.

Tuvo, por naturaleza, el don estético de la vida, y el sólo verlo bastaba para comprender qué majestuoso tim-



LIC. DON ALEJANDRO ALVARADO G.

bre puede conquistar el alma de un hombre en este mundo, cuando se consagra a cosas superiores y cuando entre las preciosas gracias de la fortuna, él elige la sabiduría para adorno de sus destinos.

Era varonil de presencia y severo y majestuoso. El, que siempre gustó de la blancura como real símbolo de la pureza del espíritu, recibió de la vejez austera, el don de una cabellera de armiño que fué como el extremo resplandor de su grandeza interna. Así nos complacía verlo, reliquia de un pasado fecundo en saludable lección, como representativo de lo que la patria tuvo de excelente y como incentivo para aquellos que pueden creer todavía, delante de tales espectáculos, que la patria es algo por lo cual se puede dar toda una vida armónica e ilustre. Para él la patria fué algo; tal vez la patria fué todo, concebida como el resumen de cuanto ama el hombre sobre la tierra: el solar de los mayores; la nación tejida, al pensar de Renán, de los más puros ideales y sueños, de angustias y alegrías; los hijos, los discípulos, los amigos. Y él dió a ella un corazón valeroso, una inteligencia inquieta, y lo que es mejor aun, un temperamento inquebrantable para todo lo que no fuera lo justo y lo bueno, en lo cual tenía el sello augusto del filósofo antiguo. Eso es lo mejor: descender al sepulcro donde la carne reposa, y entregar el espíritu al infinito, donde reside la eterna verdad, sin que nadie, tras el recuerdo de una vida desaparecida, tenga alguna queja que hacer.

Por eso es justo y evidente el duelo de la República, porque ella, Madre altísima, no tiene para este hijo suyo magnífico, más que gratitud: porque él la llenó de orgullo y santidad; porque nada de él la hizo ni entristecerse ni avergonzarse, y porque al desaparecer deja sobre su corazón el resplandor de una memoria sin mancha.

Oh! vosotros los jóvenes, por quienes él estuvo siempre atento, no penséis en la muerte de este hombre, que es cosa accidental; pensad en su vida, que es como una eterna y enaltecedora verdad.

ROMULO TOVAR

(Envío del autor).

A Tórtola Valencia

Decid, señora, ¿sois acaso el octavo pecado, aquel con que han soñado hace siglos los hombres hastiados de la vulgaridad de los *siete* del catecismo?

¿El pecado que no tiene nombre inmediato y definitivo lo mismo que los perfumes?

Cuando danzáis vuestro cuerpo parece disputado por ángeles y demonios.

Diríase a ratos que vuestra carne es presa de los horrores con que las tentaciones asedian a los anacoretas en los cuadros de Breughel el Joven.

Dios envió un angel a clavar en vuestros pies y brazos la espina del tormento.

Hace siglos el mismo alado mensajero quizá hundió otra en el corazón de la Santa de Avila, quien para siempre perdió la calma, y no fué ya sino viviente anhelo de penetrar en el pensamiento de la Eternidad.

CARMEN LIRA

(Envío de la autora).

Un Congreso de Escuelas Preparatorias[1] en la capital de México

La creación de la Secretaría de Educación Pública y Bellas Artes, de acuerdo con nuevos postulados, cuyo propósito interno es la reorganización del país en armonía con los intereses espirituales del mundo, ha marcado, naturalmente, a todas las instituciones educativas que dependen de ella, las bases para el logro de sus propósitos concretos.

La Universidad Nacional de México ha tenido, por lo tanto, que revisar en todas sus Facultades los cimientos de su enseñanza y ha tenido, asimismo, que orientar su tarea hacia el fin de la propia Secretaría de Educación.

La Escuela Nacional Preparatoria ha pensado iniciar también su labor de reconstrucción espiritual por este gran motivo, pues sin duda más que ninguna otra Escuela padece la crisis inherente a la pugna que se ha establecido entre los antiguos conceptos de enseñanza y las nuevas necesidades sociales. Durante los últimos diez años, además del conflicto que antes se indica, la Escuela Nacional Preparatoria ha visto aumentados los obstáculos para su misión con los cambios frecuentes de sus autoridades técnicas y administrativas y en una ocasión llegó hasta perder su carácter de Escuela de genuino abolengo universitario y nacional, ya que nuestro antiguo bachillerato ha unido siempre su historia a la historia de las convulsiones y aspiraciones sociales del país. A veces ha representado, no sólo el estandarte y el lema de significativos períodos históricos de la Nación, sino que ha justificado y cristalizado los deseos internos de esos movimientos políticos.

Puede decirse, en verdad, que la Escuela ha servido para justificar muchos de los grandes acontecimientos sociales de la República. Pero hasta hoy, por desgracia, no ha sabido, una vez justificados, adelantarse a los anhelos cumplidos para renovarlos con los futuros deseos; es decir, no ha podido prever y por eso no ha podido obrar con toda la eficacia deseable, si se juzga especialmente su obra a la luz del profundo sentido de su lema de fundación: «Saber para prever, prever para obrar».

La época que vivimos quiere desde luego que la Escuela Nacional Preparatoria se convierta en una institución de trabajo libre; pero con la honrada intención de contribuir a la tranquilidad y a la coordinación de los espíritus de la Nación Mexicana. Al propio tiempo exige que ya fijados en las conciencias los valores exactos de la vida social, empiece inmediatamente después una labor en todas sus cátedras, de activa vigilancia del presente, para señalar y resolver con antelación los conflictos futuros que casi siempre ocurren cuando las normas de la vida se estancan y pretenden regir a las aspiraciones nuevas en abierta y lógica pugna con los antiguos moldes que no han podido renovarse de una manera sistemática y fluida, como se transforma todo en el universo.

Lo que la Escuela Nacional Preparatoria desea, en suma, realizar, podría encerrarse en estas palabras: la obra de hacer fecundos a los espíritus jóvenes de hoy, para que de ellos surja inmediatamente un juicio claro, humano y libre sobre la existencia, que borre para siempre las equivocaciones de la investigación pasada y de los juicios pretéritos sobre el mundo y sobre la vida. Y, asimismo, la tarea de conducir a las generaciones que discurren por sus aulas al encuentro de las nuevas, sin que por alta y fecunda, su gestión sirva a ningún régimen político determinado y esté, en cambio, siempre al servicio inmediato de los hombres.

* *

El problema de la enseñanza preparatoria en nuestro país, no solamente es un problema que se refiere a la Universidad Nacional de México, es un problema de toda la nación, si se piensa desde luego en que las necesidades educativas del país no pueden realizarse en un solo instituto, aunque éste fuese inmejorable.

La creación de la Escuela Nacional Preparatoria fué solamente la invitación que la ciudad de México hizo a la República para que dentro de su territorio se fundasen instituciones semejantes. Creada la Escuela de Barreda, en los Estados de la Federación surgieron instituciones análogas a ella y desde entonces las provincias han resuelto, como la metrópoli, la necesidad urgente de enseñar las ciencias y las letras a los futuros directores del país. Las preparatorias de los Estados han seguido de cerca o de lejos las orientaciones de la Escuela Nacional Preparatoria, porque han comprendido con exactitud que la categoría de la capital de la República implica siempre sobre el resto del país, una superioridad en punto a los elementos necesarios para realizar cumplidamente una tarea difícil, como es toda obra seria de cultura.

La vida de estos centros de enseñanza atraviesa sin embargo, una crisis doble, puesto que la coordinación que es necesario establecer en los postulados de las cátedras que imparten, en los métodos de trabajo y en las orientaciones sociales de la Escuela, tiene caracteres, en algunas provincias, de problema insoluble, a causa de la penuria de la hacienda local; pero también se debe esta crisis a que realmente se ignoran los ideales de la Escuela Preparatoria de México, la historia de sus últimos tropiezos y las resoluciones que este Establecimiento haya podido dar a los conflictos de la ciencia contemporánea y a los internos de nuestra agitada democracia.

Por esta razón, la Escuela Nacional Preparatoria tiene el alto honor de invitar a la institución hermana suya que usted dirige dignamente y a todas las del país, para que, por la primera vez en la historia de la educación preparatoria de la República, y en estos difíciles momentos de crisis técnica y espiritual, se pongan todas de acuerdo en punto a las bases para el mejor cumplimiento de la obra que la patria espera de ellas.

Durante las vacaciones del próximo mes de setiembre (del 10 al 20), la Escuela Nacional Preparatoria espera la vista de las escuelas similares de la Nación, para que reunidas en un Congreso de intereses y preocupaciones comunes, se resuelvan las siguientes interrogaciones:

I.—¿Conforme a qué criterio de cultura (calidad y cantidad de las materias de enseñanza), debe formularse

(1) Corresponden a nuestros Liceos

REPERTORIO AMERICANO

Revista de prensa castellana y extranjera.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicada SEMANALMENTE por
J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	₡ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración	2-00
Para el extranjero, el número suelto	$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas)	3-50 » »
La página de avisos, por inserción	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

el Plan de Estudios de las Escuelas Preparatorias de la República?

II.—¿Cuáles deben ser las normas de la futura labor social que deben desarrollar los estudiantes de la Preparatoria? Y para lograr esto, ¿qué materias deben proponerse especialmente, como finalidad, la explicación de esos postulados sociales?

III.—De acuerdo con la resolución que se adopte, relativamente a la primera cuestión, ¿cuáles textos y cuáles obras de consulta deben adoptarse, cuando menos para la labor de esta época, en la Escuela Preparatoria?

IV.—¿Qué preparación debe exigirse, de ser posible, a los profesores de la Escuela Preparatoria?

V.—¿Cuál sistema debe seguirse para aquilatar el aprovechamiento de los alumnos?

VI.—¿Cuáles deben ser las bases para la revalidación de los estudios preparatorios hechos en las Escuelas Oficiales de la República, ante cualquiera de éstas?

VII.—Temas ajenos a los anteriores que propongan los delegados.

* *

DADA la importancia de este Congreso que ayudará indiscutiblemente a la realización de una armoniosa y bien entendida obra de federalización de la enseñanza preparatoria, es decir, al cumplimiento de obra nacional de cooperación de enseñanza, la Escuela que me honro en dirigir espera que se servirá usted aceptar su invitación. Y a este respecto debo manifestar a usted que el C. Rector de la Universidad Nacional y el suscrito especialmente, tendríamos verdadera satisfacción en saber que usted mismo, en su calidad de Director de un plantel importante de educación, sea el que venga a traer las luces de su cultura y de su entusiasmo al seno del Congreso de Escuelas Preparatorias.

Con este motivo y esperando con verdadero interés la acogida que se sirva usted dar a estas líneas, me es grato renovar a usted las seguridades de mi más alta y distinguida consideración.

Amor, Orden y Progreso

México, D. F., a 14 de agosto de 1922.

El Director,

VICENTE LOMBARDO TOLEDANO.

(Excelsior, México D. F.)



[En esta sección pueden colaborar los hijos buenos y preocupados del país que posean documentos impresos o manuscritos de los próceres centroamericanos, soñadores leales en una patria grande por sus luces y virtudes; documentos que sean enseñanza y un estímulo cívico para nuestra juventud. Sin estos fecundos y perennes ejemplos y estímulos de los mayores, la juventud de un país es juventud perdida para las nobles empresas del adelanto y del bien público, que son las buenas y las deseables].

8.—Elecciones

Es el acto más importante y augusto: es la esperanza de la patria, y la base de su felicidad. Una buena elección es el lisonjero presagio de la pacífica tranquilidad de los ciudadanos: en ella ven consignada su seguridad, y ésta los anima a las empresas, que haciendo su fortuna particular, conducen al mismo tiempo al engrandecimiento y prosperidad del Estado.

El tiempo de elecciones es en el que la patria exije de sus hijos el pequeño sacrificio de que, olvidando por ella, y desnudándose de los resentimientos producidos por cuestiones particulares, o públicas; prescindiendo del caprichoso espíritu de partido y de toda otra mira privada, se dediquen exclusivamente a promover el bien general, en el que está cifrada su felicidad.

Para lograr una buena elección es necesario no nombrar hombres indignos para llenar los empleos que puedan interesar la salud del pueblo o su gloria: es necesario no nombrar hombres, que soñando que los destinos son su propiedad, aspiran a ellos por una mera especulación, o porque han creído neciamente que han nacido para ocuparlos, y a cambio de permanecer empleados, les importa muy poco la ruina o prosperidad del Estado: nada promueven en su beneficio: nada les importa mantenerlo estacionario, como ellos permanezcan también en la silla. Es necesario no nombrar hombres que abusando del voto popular, que han sabido arrastrar con sus intrigas, prostituyen los asientos de la patria haciéndolos servir a su venganza, aunque por ella se altere la marcha regular de la cosa pública, se pierde la tranquilidad y armonía, y se precipite el Estado en su ruina. Es necesario no nombrar hombres cuyo carácter conocidamente inquieto sólo propende a mantener la desconfianza y el descontento: cuyo pendantismo, el menor mal que produce, es agriar todos los ánimos, y sembrar el disgusto general: ellos no pueden tener crédito ni prestigio: hacen ridículos y despreciables los destinos: son perjudiciales a cualquier partido que pertenezcan, porque lo desacreditan con la intolerancia que pregonan para aparentar patriotismo, cuando acaso no los anima más que su interés personal. Es necesario nombrar hombres manifiestamente poseídos de espíritu público. No por esto se crea que los queremos desprovistos de los intereses y prevenciones locales. Al contrario: estamos persuadidos que el espíritu de localismo en los hombres, bien animados, es una base muy útil, porque si en las deliberaciones se penetran de los sacrificios recíprocos que son indespensables, se esfuerzan, por lo mismo, que sean lo menos posibles. La necesidad y el convencimiento terminará siempre reuniéndolos en una transación de utilidad común. Es necesario nombrar hombres propietarios, en los que existe la presunción de que tienen un verdadero interés porque no se altere la pública tranquilidad. El no propietario sólo aspira a llegar a serlo: cuantos medios se le den, tantos emplea para este fin: si a la libertad de facultades y de industria que se le debe, se le agregan los derechos políticos, que no le corresponden, estos le servirán infaliblemente para invadir la propiedad. El empleará sus esfuerzos en dirigir sus pasos por este camino irregular, en lugar de seguir el del trabajo, que es el que naturalmente se le presenta; acarreando esto para él, un principio de corrupción, y para el Estado un manantial de desorden. Es necesario nombrar hombres que conozcan lo más que sea posible, el objeto de sus tareas, que en cuanto puedan se hallen instruídos del estado de los negocios públicos, y de la opinión, y que puedan conocer y designar con una mano más segura los talentos, las virtudes y las luces en toda la extensión del Estado.

Si las elecciones son sólo dominadas por el espíritu de partido: si se prescinde del interés general: si se desprecia la tranquilidad: si no se atiende a las aptitudes para el desempeño de los destinos: si no se busca en los hombres más cualidad que la de pertenecer al partido contrario: en fin, si sólo se aspira a dominar, es indudable el

trastorno y el desorden. Los pueblos sentirán sus efectos: no se logrará engañarlos por mucho tiempo, ellos conocerán al cabo quienes son los autores de sus males: los desterrarán, y serán sin duda las primeras víctimas de la desorganización del Estado.

V. CASTRO

(*Mentor Costarricense*, 20-IV-1843).

9.—Las populares[1]

El orden y libertad con que el pueblo soberano ha marchado de esta vez presagian un porvenir favorable, son el mejor testimonio de su adhesión a los principios de una razón ilustrada, y convencen de que sus conatos y esfuerzos tienden a las mejoras del país y a su perfecta y legal organización. Nada puede ser más satisfactorio para un pueblo libre que llamarlo a decidir de su suerte y fijar sus destinos: nada puede ensanchar más el ánimo de un gobernante que ver a los ciudadanos reunidos en medio de la paz y la armonía, preparándose en actos públicos y solemnes a la inauguración de su Asamblea Constituyente, que siendo el primer poder del Estado, a él compete constituirlo, a él está reservado el conocimiento de los arduos y graves negocios que afectan la independencia y reorganización de la República, y de él esperan los pueblos los inmensos bienes que se prometieran al pronunciarse por el sistema popular representativo, bajo cuya sombra vivimos.

JOAQUÍN BERNARDO CALVO

(*Mentor Costarricense*, 13-V-1843).

10.—El deber imprescindible

Somos costarricenses y cuando se trata de los asuntos que tocan con la causa común, se nos hace un deber imprescindible comunicar nuestras ideas y llamar la atención de nuestros compatriotas al mejor bien posible y a lo que más concierne a nuestra quietud, reposo y prosperidad.

JOAQUÍN BERNARDO CALVO

(*Mentor Costarricense*, 13-V-1843).

(1) Las juntas populares, para votar por los electores primarios. (30 de abril de 1843).

UNA VISITA A JOSE INGENIEROS

POR JULIO JIMENEZ RUEDA

Franca acogida, simpática recepción, manos que se tienden al visitante en un gesto casi alegre de camarería, así somos invitados a pasar, mi buen amigo Luis Padilla Nervo y yo, al estudio del Dr. José Ingenieros.

Breve saloncillo, útiles y enseres indispensables a un médico—el doctor Ingenieros se ha especializado en enfermedades nerviosas,—iluminado a las cinco de la tarde por una veladora con pantalla verde; amplios y cómodos sillones de cuero, mesa cubierta de papeles, folletos y cartas, con estampillas de todos los países de América.

Tras la mesa un hombre inquieto y nervioso, de bigote cortado a la inglesa, un perfil que recuerda, lejanamente, el de Anfonso Cravioto, un gesto parecido, quizás al típico de Gómez Carrillo. Viste una especie de saco largo, guardapolvo, bata o delantal de esos què usan los médicos, boticarios y profesores de escuela, en la Argentina.

Así vimos a Ingenieros en su estudio de la Calle Viamonte, mi amigo y yo, en una tarde clásicamente bonaerense, de sol amortecido que dora pálidamente la cúpula del congreso y la gloriosa pirámide de mayo.

La charla empieza. Dejamos hablar a Ingenieros. Es comunicativo de por sí, dice todo lo que siente y siente todo lo que dice, aunque sean enormidades. Es, desde luego, revolucionario, lo que hace que se le tenga recelo en las esferas oficiales y desconfianza en la sociedad. Lo cual no le interesa. Indudablemente el prestigio de Ingenieros es superior en el extranjero que en su propia patria. Prestigio merecido, por su inteligencia, por su estudio y por su audacia.

Curioso de las cosas que suceden en el mundo, nos habla con simpatía cordial de México, simpatía que agradecemos cumplidamente.

—Me intereso enormemente por su país. La situación por que atraviesa es una de mis grandes preocupaciones.

Estoy informado, hasta donde es posible, por la enorme distancia que nos separa, de lo que sucede por allá. Desde luego puedo decirle que aprecio en todo lo que vale el movimiento filosófico y científico de su gran país. En mi revista verá usted aparecer con frecuencia las firmas de Vasconcelos, Antonio y Alfonso Caso. Tienen ustedes un núcleo de hombres de inteligencia, cultura y acción verdaderamente interesante. Si la juventud está debidamente preparada, para representar fiel y entusiastamente su papel, el peligro de que en México suceda algo grave se alejará un poco, quizá se conjure definitivamente. No soy un ciego optimista del porvenir de nuestra América. Ansiosamente busco las palpitaciones del continente y no siempre un vago temor se aleja de mí. Temo por ustedes, que serán los primeros en sufrir el ataque, y temo por nosotros también, que aunque lejos, no dejaremos de sentir, tarde o temprano, las manifestaciones de un imperialismo capitalista, absorbente y avasallador. Estamos amenazados de una invasión lenta, pero constante y perfectamente organizada de un pueblo poderoso que cada día siente la necesidad de plantar su bandera más allá de las fronteras que tiene señaladas. No soy, sin embargo, un enemigo del pueblo yanqui; admiro sus cualidades y comprendo su poder y siento una terrible angustia cuando una nueva dificultad se plantea en las relaciones de ellos con nosotros.

No creo yo que con simples arreglos, siempre precarios, componendas diplomáticas y breves atenuaciones, se solucione el ya tradicional pleito de la América sajona con la América latina. La política de estira y afloja, de concesiones, de amistad sin límites, nos lleva derecho a una absorción ignominiosa por el yanqui.

Y no son vanas declamaciones mías. Hechos positivos pueden citarse en apoyo de mi aseveración a más de los que todos ustedes conocen y saben ya de memoria. Se sabe, por ejemplo, que el Gobierno de los Estados Unidos ha entrado en tratos con el de Holanda para adquirir la Guayana. Hasta ahora la América del Sur se había desentendido, por completo, de las cosas que pasaban en el Norte. Ahora ya no puede ser indiferente. Con la Guayana en poder de los Estados Unidos, tendríamos ya una avanzada, de la que podría ser la invasión lenta y conquistadora del espíritu norteamericano. Habría, con ello, una exce-

lente base de operaciones para los trabajos futuros.

El Brasil, al saberlo, se ha inquietado, la Cancillería pondrá en juego sus ardides, moverá a sus principales agentes. Habrá protestas indudablemente de amistad que no remediarán nada, y eso que el Brasil se ha mostrado siempre amigo decidido de la gran República del Norte.

El Perú y Chile se ven obligados a dirimir la contienda sobre Tacna y Arica ante un tribunal yanqui. Colombia retira su legislación petrolera, hermana de la legislación de ustedes.

Cada frigorífico que establece una compañía norteamericana, cada banco o sociedad con capital en dólares, es una disminución de nuestra soberanía latina. Esto lo saben ustedes perfectamente por la cuestión petrolera...

¿Cuál podrá ser el remedio?

He aquí la cuestión más difícil de establecer. Quizá una protesta de las clases laborantes, perfectamente unidas de toda América contra el capitalismo extranjero, principalmente norteamericano.

—¿Aconsejaría usted el estallido de la revolución social como antídoto de la expansión capitalista, detentadora de derechos de la América hispana?

—Tal vez... Por lo demás sería indispensable conocer a fondo las condiciones de cada uno de los pueblos que forman la entidad total hispanoamericana. Particularmente de México que nos sirve de vanguardia. Para mí sería interesantísimo estudiar de cerca a ese pueblo que tanto estimo. Puede que, conociendo los acontecimientos últimos, y estudiando sobre el terreno las condiciones sociales de su país, modificara mi punto de vista totalmente radical que sobre el asunto profeso. De todas suertes, en un conflicto que desgraciadamente estallara, siempre estaría del lado de ustedes, apoyando la justicia de sus pretensiones, no sólo con la pluma, también con el fusil o la espada. Es más, llegaría a hacer uso del artículo constitucional que concede la ciudadanía mexicana a los latino-americanos que la soliciten. No sería la primera vez que me sintiera tan mexicano como el que más.

Hemos salido ya entrada la noche. La conversación con el filósofo argentino ha sembrado nuestro espíritu de hondas inquietudes. La sinceridad con que ha hablado nos impresiona gratamente y los puntos tratados en la conversación han tenido el privilegio de apartarnos, por varios minutos, de las terribles realidades que señorean el mundo y poseernos de la inmensa aspiración de justicia que mueve todos los pechos. Alumbramiento de una humanidad moderna tal vez más justa y más noble que la que vivimos

Buenos Aires, 1922.

(Revista de Revistas. México D. F.)

Tórtola Valencia

Une al hechizo del ritmo mágico de su carne ágil y blanca, la secreta gracia de una flor singular.

En el vasto pentagrama de los tiempos, su espíritu genial ondula como una sonrisa, como una plegaria, como un suspiro, como una caricia, o como el Dolor.

Escala de notas peregrinas, su alma encierra la cadencia elegante de las Razas. Alabastro esplendente, guarda la esencia inmortal de las Edades. Pebetero maravilloso, va quemando las resinas milagrosas de los Siglos.

Es onda, es ala, es sierpe..., torrente, sangre, llama, y es... ilusión.

Une al ritmo mágico de su carne la secreta gracia de una flor singular.

RUBÉN COTO

Setiembre de 1922.

(Envío del autor).

Cartas dantescas

VIII

Mi compañera del alma: Beatriz comienza a vivir cuando muere, dice con unción cariñosa el sabio de Sanctis. Comienza a vivir la segunda Beatriz, luz espiritual de la Gracia, unidad ideal de la Sabiduría, paz absoluta de la Filosofía. La primera Beatriz llena con sus encantos la VIDA NUEVA, de la segunda están saturados EL CANCIONERO, EL CONVIVIO y la COMEDIA.

Es, EL CANCIONERO, una serie de rimas y de canciones que tienen relación íntima, las unas, con LA VIDA NUEVA, las otras, con EL CONVIVIO. A las primeras pertenece, como sabes, aquel soneto con el que Dante se dirige a los poetas Guido Cavalcanti y Lapo Gianni imaginando que, por artes de magia soberana, fuesen llevados con las mujeres predilectas allá en donde las borrascas de la fortuna no les impidiesen razonar continuamente de Amor. Juana, Beatriz y aquella que ocupa el trigésimo lugar en la lista de las sesenta mujeres más bellas citadas por Dante en un serventesio perdido, se sentirían felices teniendo una única voluntad común: la que concede el Amor puro, sinceramente experimentado.

Feliz la dama que a Beatriz acompañe, feliz quien se sienta digno de ser saludado por ella puesto que al momento rebosará su corazón de todas las virtudes humanas: tal es la idea del segundo soneto que, para ti, con íntima complacencia, estoy leyendo.

A las dulces rimas que hablando van de la dama gentil que a las demás honra con sus virtudes y con su belleza, les pide, más adelante, que ante ella lo recomienden con fervor como a un dolorido que gimiendo cruza por la tierra preguntando con tristeza: ¿Dónde está el deseo de los ojos míos?

A los nueve años tuvo su primer encuentro con Amor y desde entonces sabe cuánto impulsa y cuánto detiene a quien de El esclavo se hace. El libre árbitrio nunca puede escaparse del amplio dominio suyo porque, en el campo sagrado del Amor, quien dirige y desconcierta es solamente la belleza de la mujer preferida.

Vienen enseguida dos deliciosas baladas; una, vestida de sabia mensajera, ha de ir hacia la dama, a quien debe todas sus más íntimas inquietudes, a pedirle consuelo para la soledad angustiosa en la que se encuentra; la

otra, bella y gentil, se refiere, a una mujer, joven y recién conocida que llega a mostrarle las bellezas del sitio en donde estuvo: del cielo viene y al cielo ha de volver para dar, con la propia luz, placer a los demás; quien, viéndola, de ella no se enamora, sin duda que de Amor jamás poseerá inteligencia alguna. Todas las estrellas la abrillantan con su esplendor; sus encantos, para el mundo, son nuevos puesto que allá arriba en premio de sus múltiples virtudes le fueron concedidos.

¿Quién es esa jovencita que adora el Poeta Florentino? ¿Será la misma persona a la que, en EL CONVIVIO, hace referencia, figurándosela como una dama gentil que no puede evocar sino imaginándola cumpliendo actos misericordiosos?

¿Será Madonna Filosoffa? ¿La verá la juventud de Dante, joven, bella, compasiva, una dulce doncella florentina, así como la madurez de Boecio la supuso grave, austera, una perfecta matrona romana?

Con esa duda quiero dejar concluida mi carta que ha de llevarte, como sus hermanas, las anteriores, mucho del cariño intenso que te dedica,

FIORENZA DELL'ARNO

En Bologna, contemplando la muda realidad de la Asinella y la Garisenda.

(Envío de la autora).

Los logaritmos [1]

Para los niños.

III

AQUÍ voy a hablaros, no ya de las bellezas y de las facilidades que nos ofrecen los logaritmos, sino de algo que os va a hacer desconfiar de ellos al principio, pero que luego veréis que es muy lógico y muy natural; con sólo una pregunta que os haga desconfiaréis, y, si no, allá voy: decidme ¿cuál es la raíz cúbica de 32[2]? Ya os veo dividiendo por 3 el logaritmo de 32, es decir 5, y veo que os resulta por cociente una cantidad muy rara, formada por un 1 y muchos 6[3]; ese cociente es 1,6666... etc., ahora con asombro veis que 1,6666... no está en la columna L, y que por consiguiente no vais a saber cuál es la raíz cúbica de 32; pero como 1,6666... debía estar entre el 1 y el 2, es lógico suponer que la raíz cúbica de 32 esté entre 2 y 4; hemos sacado poco con saber eso y además la pregunta es que ¿cuál es la raíz cúbica de 32? Todo esto, niños, por la razón sencilla de que la tabla que nosotros hicimos es incompleta; pero no tengáis desconfianza; vosotros veis que el número 3, comprendido entre 2 y 4, los números 5, 6, y 7, que están del 4 al 8, los 9, 10, 11, 12, 13, 14 y 15 que hay del 8 al 16 y así los comprendidos entre cada dos consecutivos de la columna N, no existen allí; esto nos revela que la tabla es incompleta; y hacer una tabla completa[4] es cosa bastante difícil; pero vosotros vais a las librerías y a los colegios y allí las conoceréis y podéis adquirir una. Hánse hecho muchas: hay españolas, francesas, italianas, alemanas, inglesas, etc.; hay unas españolas de un señor Vásquez Queipo, que desgraciadamente casi no se consiguen en el país, y las pocas personas que las poseen no quieren deshacerse de ellas, pero vosotros, niños, ahora no os preocupéis por las tablas de logaritmos; cuando seáis mayorcitos entonces os habrá llegado la hora de conseguiros una y la conseguiréis: no os importe que sea italiana, alemana, francesa o inglesa, porque casi solo números tienen y los números en esos idiomas son iguales a los nuestros y el manejo de las tablas casi el mismo. En esas tablas vosotros encontraréis que los logaritmos casi siempre son números largos[1], por ejemplo:

el logaritmo de 30 es 1,47712;
» » » 216 » 2,33445;
» » » 6 » 0,77815, etc.

Ya llegaréis a esto; ¿cómo? Estudiando, siendo bien atentos en clase y bien cumplidos con vuestros deberes. Eso es todo.

VITAL MURILLO E.

Ciudad de Santo Domingo, 1921.

(Envío del autor).

(1) Véanse las pp. 124 y 125 del tomo en curso.
(2) Id., id., id.
(3) ¿Seises será el plural de seis?
(4) Tablas completas no las puede haber, pero sí las hay bastante completas.

(1) Permítaseme usar esta palabra para no usar el término «inconmensurable».

Comida inolvidable

TIEMPO he tardado para llegar a escribir esta página: no quería que apareciese en ella, ni debía aparecer, el menor asomo de vanidad y de trivial egoísmo, pues estoy en esa edad de los hombres en que los valores de la vida empiezan a tener proporciones razonables y en que las tintas fuertes y los cascabeles ruidosos se aparecen en la mente como visitantes inoportunos, que atropellan el buen gusto en formación, por el cual hemos elaborado, los pensadores, durante la primera juventud. No quería y no debía escribirla, y está dicho con la mayor pureza y candor de mi corazón.

Pero viene hoy, 14 de setiembre, a mis manos, un libro de José Vasconcelos: «Divagaciones literarias», entre cuyas páginas he leído con ternura unos recuerdos de la estada forzosa del autor en Lima, en compañía de una amable familia que trataba con singular cariño al expatriado filósofo mexicano. Y he evocado, con una intensa nostalgia, muchas escenas, de que fuera humilde partícipe, en México, durante los cortísimos tres meses de este mi primer viaje a tierras desconocidas. Y entre ellas una culminante, por las personas con quienes hube de estar y por la sencillez de su origen, de su desarrollo y de su finalidad.

Preparaba yo el viaje de retorno a mi patria, y esperaba, sentado en uno de los pasadizos de la Universidad Nacional, a que pasara Vasconcelos de su oficina para despedirme de él y manifestarle la inmensa gratitud que sentía, y siento hoy, por las distinciones con que su seriedad habitual me recibiera y me atendiera, en diversas aunque muy cortas ocasiones, cuando apareció el filósofo. Le dije cuanto había que decirle y él contestó con excitarme a que les avisara a Pedro Henríquez Ureña y Julio Torri que les invitaba a que comiésemos juntos y para lo cual habíamos de encontrarnos, en determinado punto, a la una de la tarde.

A la hora indicada, Henríquez Ureña, este gran intelecto que une a las galas de su comprensividad y enorme cultura, un corazón finísimo, fué a llamar a Vasconcelos. Torri no quiso o no pudo asistir y tomamos los tres, —permítase la irreverencia de la inclusión mía entre personas tan notables, ya que fué culpa exclusiva de Vasconcelos la realización de la cita— el automóvil. Atravesamos la ciudad hasta llegar al magnífico bosque de Chapultepec, poblado de ahuehuetes centenarios y estatuas clásicas y, al fin, llegamos, más allá del bosque, a un hotel que se levanta, de un modo casi indostánico, así quise imaginarlo, enmedio de un jardín fantástico, sombreado admirablemente por frescas ramazones de árboles corpulentos, e incrustado de dos o tres lagunas, en que se reflejaba la cola magnífica de un pavorreal, y si mal no recuerdo, la seda blanquísima de dos cisnes, bajo la melancolía de unos sauces, que me trajeron a la memoria la excelencia de ciertos maliciosos sonetos de Herrera y Reissig. Aquello apareció a mis ojos, en mi imaginación provinciana, verdaderamente extraordinario.

El hotel estaba desierto y adivino ahora que a mi corazón no le pareció mal aquella soledad y aquel silencio, pues estaba en compañía de aquellos dos hombres, como no lo estuve nunca en mi vida: completamente saciado, nobilísimamente saciado.

Esperamos algunos momentos la preparación de la mesa, en el jardín. Y le acepté a Henríquez Ureña un ramo diminuto de flores para la solapa, un tanto desteñida y maltratada, muy apesar mío, Dios lo sabe.

Vasconcelos quiso que se alistase el comedor en el corredor fronterizo del Hotel, frente a los árboles y las lagu-

Erratas importantes

En las «Cartas Dantescas» que desde Italia nos está enviando su autora, se nos han escapado algunas erratas de las cuales nos parece conveniente citar las siguientes:

Carta primera, párrafo octavo, línea quinta, dice: saludo en el que *cifraba* su completa beatitud, debe decir, saludo en el que *cifra* su completa beatitud.

Carta tercera, párrafo sétimo, línea octava, dice: *huérfana* de aquella luz; debe decir: *huérfano*, etc. El mismo párrafo, línea doce, dice: en el corazón *a* quien hablar la escucha; debe decir: en el corazón *de* quien, etc.

Carta sexta, párrafo cuarto, línea última, dice: dentro de las almas *mora;* debe decir: dentro de las almas *moran*.

Carta sétima, párrafo penúltimo, dice: templo grandioso que se *comenta;* debe decir: templo grandioso que se *cimenta*.

Además, en la misma carta sétima, el número romano que debe aparecer después de las palabras en bastardilla, *Dama piadosa y de joven edad*, debe ser: XXIII y no III.

nas. Y ahí, contra lo que fuera de esperarse por la petulancia de las personas de sociedad, no se habló, entre los manjares y las profusas libaciones de vino, sino por excepción y a vista de pájaro, de cosas adustas que obligasen a estiramientos inoportunos. Reíamos ampliamente y pude observar que Henríquez Ureña empezaba a extrañarse de que tuviese yo ciertas expansiones impropias de mi carácter. Vivía yo en su casa y era como un hermano menor suyo, a quien, de vez en cuando, acariciaba con un regaño o con una amable amenaza.

Ese día pasé con ellos largas horas, como si hubiese pasado, apenas, un instante. No hay más que contar del convivio, es verdad; ¡pero hubo tanto qué sentir en aquel día inolvidable de mi vida, en que se me despedía con tanta jovialidad y helénica benevolencia, de México, por medio de dos hombres, que no los hay más altos en América! Yo reflexionaba en esto y veía que la Providencia había querido colmarme de favores en tierras lejanas y pensaba inopinadamente en mis hijos y en las sombras de mis padres, para quienes yo he querido ser bueno siempre, para quienes yo he querido conquistar las glorias de mi espíritu. Cierto que me parecía aquello muy natural, porque la sinceridad de mi juventud, si no mis capacidades mentales, sentía yo que merecía, aunque no en mi propia patria, en tierras políticamente extrañas, el homenaje de una despedida insigne. Y esto me tranquilizó y me connaturalizó con el medio. Pero no por esto dejé de comprender lo que tal honor significaba para un pobre aventurero que logró salir de su país como anónimo agregado de un grupo de estudiantes y sin un cuarto en el bolsillo.

Pero no se crea que aprovecho esta crónica para plantear un reclamo a mi Patria. Las madres nacionales no tienen la obligación de mantener a sus hijos y muchas veces les arrinconan para propia escuela de sus almas y les hostiliza y les olvida con idéntico propósito. Bien que para ella trabaja uno, mas ¿no ha de comprender ella que la rueda de la fortuna encumbra en su seno, y a menudo, a los imbéciles, en tanto que a sus hijos dilectos les destierra como en la ocasión en que Vasconcelos mismo estuviera en Lima? ¿No se repite este caso de continuo?

Y, no debemos olvidar que hoy Vasconcelos no está expatriado, dichosamente.

M. Vincenzi.

(*Envío del autor*)

Lea el Repertorio y recomiéndelo a sus amigos.

Noticiario

Hemos recibido:

El Departamento de Extensión Universitaria invita a la Conferencia que dará el doctor don Antonio Caso, Rector de la Universidad Nacional, dedicada a la obra de extensión.

La conferencia se dará en el Salón de Actos de la Escuela de Ingenieros Mecánicos y Electricistas. el jueves 22 del presente a las 7 p. m.

México, Junio 15 de 1922.

El Arte y la Moral

En el reverso de la hojita se lee:

El jacobinismo de los liberales mexicanos es, quizás, una de las formas del irrealismo español, uno de los desarrollos del donquijotismo. Dos grandes culturas latinas, la francesa en segundo lugar, y la española en primer término, han informado la nuestra propia. España se dió a imitar, en la Constitución política de 1812, como tantos otros pueblos de Europa, a Francia y sus flamantes principios revolucionarios, tan buenos, como todos los proclamados por las demás revoluciones de la Historia, para destruir un pasado; pero ineptos para construir, para edificar algo. Las revoluciones no deben calificarse por lo que engendran, sino por lo que aniquilan. Una revolución es una grave crisis capaz de hacer sanar destruyendo, y que ayuda a vivir y salva por medio del dolor, que es la gran fuente moral de todas las redenciones verdaderas.

Antonio Caso.

La carta

Al comenzar invoco a María y a Marta;
los ángeles hermanos, amigos del Señor.
¡Privilegiadas vírgenes! Para escribir la carta
que ha de llevarle todo mi amor y mi dolor,

dadme vosotras, la una la exaltada manera
de amar, y sólo amar, y nada más que amar;
y la otra, el empleo que apacigua la espera,
y hace hábiles las manos, y no deja llorar!

¡María! La palabra que le suene al oído
como una melodía, y que le sepa a miel
cuando la diga, dímela! Y tu Marta, la frase

limpia, y consoladora, y tibia como un nido...
María! Que mi carta le perfume y le abrase!
Marta! Que le consuele y le conserve fiel!

En un lugar del alma...

En un lugar del alma, entre muros de olvido
y en arenas estériles se entierran los amores
que nos nacieron muertos; y en tierra bendecida,
donde sueño tras sueño la vida siembra flores,

los que ya comenzaban a fabricar su nido,
cuando los alevosos minutos cazadores
les hirieron el ala... ¡y los que sólo han sido
samaritano ungüento para nuestros dolores!

Yo sé que a esos sepulcros se les debe el tributo
que exigen del espíritu sus urnas de misterio...
Pero por esos muertos nunca visto de luto,

y al entrar en mí misma, ese lugar esquivo...
¡que en una de las urnas de ese mi cementerio,
hay un amor que tuve que lo enterraron vivo!

Carmen Brannon

Sonsonate, El Salvador.

(*Orto.* Manzanillo, Cuba).

Nuestras ediciones en el exterior

Tú y Yo, por Paul Geraldy.—«El Convivio», la prestigiosa publicación que aparece en San José de Costa Rica, dirigida por el no menos prestigioso escritor J. García Monge, ha vuelto a hacerse acreedora de nuestra gratitud. En su última entrega, traducidos en versos castellanos por Roberto Brenes Mesén, trae «Tú y Yo», el célebre libro de Paul Geraldy que, difundiéndose en plena guerra, obtuvo un éxito inesperado de público, y que lleva agotadas 147 ediciones.

Roberto Brenes Mesén, autor de los libros de poesías: «Hacia Nuevos Umbrales», «Voces del Angelus», «Pastorales y Jacintos» y de otros no menos valiosos en prosa, ya es una garantía en cuanto a la fidelidad y honradez artística de la traducción; y así es, en efecto. Los versos de «Tú y Yo» aparecen con la misma sencillez de forma y claridad de concepto que labraron su celebridad en francés.

¡Curiosa celebridad, ciertamente! Cuando la tragedia guerrera más se cebaba en los angustiados corazones, cuando aquella inacabable guerra de trincheras aumentaba a diario el número de víctimas, y en todas las publicaciones sólo de terror y muerte se escribía, apareció este libro amoroso de Paul Geraldy. Y halló eco. Se entró en los corazones angustiados de todos con sus versos sencillos que hablaban con frescura del tema eterno, traía la vida allí donde imperaba la muerte; y cuántas mujeres que tendrían al ser querido allá lejos, en las trincheras, habrán leído aquellos versos emocionadas, creyendo que era él quien les hablaba por ellos. Pues esta es la característica fundamental de este libro: el ser una cosa tan desnuda de literatura que habla el lenguaje de todos los días y dice cosas que todos los días se dirán los que bien se aman. Y con todo, hay allí estudios de instantes y sentimientos que están ahondados con certera psicología. Su autor es maestro en el análisis, y de ahí quizás su éxito: gustamos todos que se nos entre corazón adentro la poesía y que de allí arranque nuestros propios sentires y nos los muestre. Así es como nos gusta tomar el aroma de tales flores.

Bien ha hecho, pues, el señor Roberto Brenes Mesén de verter un tan fresco poema de amor al castellano; y muy bien ha hecho el señor J. García Monge de enriquecer su tesoro de «El Convivio» con esta joya de arte.

ERNESTO MORALES.

(*Fray Mocho*. Buenos Aires).

PAUL GERALDY. **Tú y yo.** Dícelo en castellano R. Brenes Mesén. J. García Monge, Editor. San José de Costa Rica, C. A. 1922. 16º, 68 p.

Este libro debe ser leído y meditado como los creyentes leen y meditan un devocionario. Como oraciones que expresaran las ansias, los amores, los anhelos humanos, llenos de pasión y fe, de entusiasmo y duda, de amor y desesperanza de dos enamorados. Porque eso son las poesías de *Tú y yo:* oraciones de amor dichas con un grande y absoluto recogimiento, con unción sencilla y religiosa. Es un libro de buen amor, la historia de dos amantes que piensan y sienten como todos los que aman y son movidos por algo más que por apetitos de la carne. En los amantes hay espíritu, cultura, dolor, frenesí, amor. Un día él siente la tristeza del pasado de ella, de los tiempos que han transcurrido sin su presencia, y dice:

¡Tu pasado! ¡tu pasado!
porque también le tienes tú, pasado
lleno de dichas y tal vez de pena.
¡Pensar que está tu cabecita llena
de antiguas alegrías,
de lívidas zozobras,
de sombras de tus días,
de múltiples visiones,
en las cuales mi persona no se cuenta para nada!

Vuelve a decirme, amada,
tus mismas narraciones
cien veces repetidas.
Aún no sé de memoria tus recuerdos.
¡Ay! ¡cuánta oscuridad, cuánto misterio
detrás de esos tus ojos!

Otra vez el poeta hace a la amada la reflexión de que pudieron no haberse encontrado en la vida. Y piensa en el peligro que corrió su dicha. Ahora es la duda que le atormenta, y pregunta a la adorada que si él fuera otro cómo lo amaría ella. Luego le dice que sus enojos frecuentes nacen de verse mucho, y que es necesario encontrarse menos... y termina pidiéndole que vaya mañana un poco más temprano. Y al final es la separación. El la despide. Solícito, le pregunta si ha olvidado algo, y le recomienda que se abrigue porque hace mucho frío. Recuerdan. «¡De suerte que entrarás en mi pasado!», exclama él. Pero llueve...

Con este tiempo no podrás partir.
¡Quédate, pues, sí, vamos!
Quédate. Trataremos de vivir
mejor... Quién sabe si tal vez logramos
que nuestros corazones
vuelvan a hallar su encanto
recordando las viejas emociones.

La vida sigue así su ininterrumpido florecer de amor y esperanza para los enamorados.

El señor Brenes Mesén ha hecho una bella traducción de las emotivas poesías de Geraldy, en las que ha sabido mantener el perfume original, que deja traslucir en su castellano correcto y armonioso.

ENRIQUE GAY CALBÓ

Cuba Contemporánea. Habana).

Los "Cuentos germánicos"

Hay un esfuerzo de arte que ha pasado inadvertido casi para las gentes de letras del país y para todos aquellos que se preocupan de las labores intelectuales.

Se trata de los «Cuentos germáni-

A mi madre

Oh dulce madre, si escuchar consigues
en el vuelo armonioso de las brisas,
como el rumor de un arpa
pulsada por las manos de una ninfa,
no te asombres, ni pienses que es el viento
gimiendo en la cornisa...
Son las notas más suaves
de mi campestre lira,
que llegan hasta ti con el perfume
de frescas rosas y fragantes lilas!

Volará con amor hasta mi pueblo
mi sonorosa rima
y en sus alas ligeras
te enviaré mis recuerdos, madre mía.

CARLOMAGNO ARAYA

(*Envío del autor*).

cos», traducción hecha del inglés por Carlos Durán h. en 1920.

Son narraciones que como lo dice el traductor en su prólogo, pertenecen al género literario de Andersen y los Grimm. Son cuentos de encantamiento que llevan la imaginación a vagar por los misteriosos senderos de la Selva Negra y por las sinuosas y escarpadas riberas del Rhin.

La fantasía juvenil y sedienta de maravillas encuentra en estas páginas un buen abrevadero: hay allí, castillos malditos en ruinas, enanos, ondinas comadreras que gustan de tomar su rueca e ir a hilar en las chozas de los leñadores, idilios de zagales y sirenas, etc.

La traducción está hecha con cariñoso empeño y los relatos pasan ligeros por la imaginación como una pequeña bandada de mariposas de un mismo tamaño y color.

Contiene el folleto los siguientes cuentos: «Burkard Keller», «La Novia del Castillo Misterioso», «La Tribuna del Angel y la Tribuna del Diablo», «El Lago de Mummel», «La Sirena del Lago Encantado», «Las Rocas».

CARMEN LIRA

(*Envío de la autora*).

Matasanos

¡Qué buena es esta fruta! ¡Qué grato es ir metiendo, con cuidado, el cuchillo, para quitarles la bien adherida piel suave de un amarillo verdoso, a estas pomas apretadas y llenas! ¡Con qué deleite se hunden los dientes en su carne abundante y fresca y tierna y aromada!

La boca pura se estremece. El paladar sencillo y casto siente, como en las comuniones de ritual, una gozosa humildad mística. He aquí que la tierra, como Cristo, ha dicho: esta es mi carne...

Señor, ¡si todo es sangre tuya, si todo es carne tuya, el jugo de esta fruta como el de la uva, la carne de esta fruta como la del trigo!

Con el olor a alcanfor y, más que a alcanfor, a miel blanca, estos matasanos maduros, no sé que otro recuerdo me ha venido ahora. Será tal vez el de un corral o el de un árbol: o bien el de un árbol grande y viejo en el corral de una finca que ví hace mucho. ¡Un árbol viejo! ¡Un árbol cargado de estos frutos! La última cena bien pudo haber sido a la sombra de este árbol.

En ese corral había olor a vaho de terneritos, a vaho de buey. Todo me viene en el recuerdo. Y había olor a estiercol. Estas cosas también son de El. ¿A qué otra cosa podía oler el Establo?

Buen abono, buenos frutos. Los de ese árbol, que comí de niña, debieron ser pesados y llenos y redondos; y han de haber tenido piel fina y lisa como éstos; y carne blanda y fresca y olorosa a alcanfor, y en el centro, como único material, dos pepitas recias, forradas en una película transparente con venas amarillas.

¿No has pensado tú que comías un aroma? ¿Alcanfor, mirra, incienso?

JULIA VAN SEVEREN

(*Envío de la autora*. San Salvador, El Salvador).

LO QUE YO TENGO ES ROSAS

La juventud es himnos en los labios!
¡Oh en el atril las músicas divinas
y en el áureo vergel las mariposas!
Hilvanar muselinas... muselinas!...
¿Mi corazón? Yo lo que tengo es rosas!
¿Versos? Yo tengo rosas sin espinas!

Yo fuí a un país y su distancia ignoro.
Era una noche y su recuerdo adoro!
Un velo azul flotaba en los senderos...
¡Yo fuí una vez... era un jardín de oro
y volví coronado de luceros!

Mármol de las blancuras más tranquilas
pon en mis ojos luz si me perfilas...
(El mármol es de los que han sido buenos!)
Pon tu gran resplandor en mis pupilas...
(El mármol es de los que han sido puros!)
Amé lo tibio de unos hombros plenos,
la flor de unos cabellos muy oscuros
y la miel y el rocío de unos senos!

Quiero un jardín para olvidar mi pena!
¿Otra pena? Le ofrezco mi desaire!
¿Un nuevo amor? De lágrimas se moja!
Pongo mi corazón sobre la arena...
¿Recuerdos? Todos se los lleva el aire,
y, entre tanto, la Vida se deshoja...

UNDA Y FUENTES

El fué mi mejor amigo,
más bueno, más grato y más fiel;
pues en su casa encontré abrigo
y en su patio corté un laurel.

¿Qué hará hoy? En verdad os digo
que no he visto otro como aquel,
así tan cordial como el trigo
y tan puro como la miel.

Hoy, al pensarlo, mi cariño
sale a su encuentro como un niño
lleno de sonrisas la faz;

Soy un jardín bajo su planta;
me aprieta un nudo la garganta
y no puedo decirle más...

RAFAEL HELIODORO VALLE

Inéditos para el REPERTORIO AMERICANO del libro en prensa «El Anfora Sedienta».

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica